

Gonzalo de Córdoba en Italia

Conferencia dictada desde la Cátedra «Séneca» de extensión universitaria, el día 23 de Mayo de este año de 1953, por el docto Catedrático de Historia D. Antonio de la Torre y del Cerro, cordobés eruditísimo y miembro ilustre de nuestra Real Academia, en un salón del Círculo de la Amistad, de la Capital.

Gonzalo Fernández de Córdoba es una de las grandes figuras de la historia militar. Su crédito lo consiguió en las guerras de Italia. De los elogiosos juicios sobre él hechos, recojo unos pocos. «Es la figura histórica que une y enlaza en el orden militar la Edad Media con la Edad Moderna» (Angel Salcedo, Historia de España, 1914, pág. 344). «El nombre del Gran Capitán evoca en nuestra mente... el principio de la supremacía política y militar de España» (Antonio Rodríguez Villa, Crónicas del Gran Capitán, Nueva Biblioteca A. E., 10, Introducción pág. 1). Para Jovio, escritor italiano coetáneo: «Este capitán, que por mérito, sobrenombre y conformidad de casi todas las naciones es llamado Grande, y sin que en ello haya contradicción, excedió en grandeza de ánimo y valor de guerra y gloria de toda humanidad y prudencia política, casi a todos los capitanes de nuestro tiempo» (Paulo Jovio, «Elogio», Nueva Biblioteca A. E., 10, pág. 2).

Sus dos batallas más importantes son las de Ceriñola y Garellano. De la primera dice Lojendio, escritor español: «señaló... el fracaso de la caballería pesada francesa contra la infantería española» (Gonzalo de Córdoba, 1942. pág. 220) De la segunda afirma Piero Pieri, escritor italiano de nuestros días: «es una de las más importantes y decisivas de la historia de Italia»; «representa el principio de la segunda fase del arte militar moderno»; «uno de los primeros ejemplos de la guerra de maniobra» (La bataglia del Garigliano, 1937, pgs VI y 79).

¿Cuál fué el motivo de su ida a Italia?

En el sur de Italia los normandos formaron un reino, que comprendía la isla de Sicilia y el sur de la península Este reino, colo-

cado en vasallaje de los papas, fué poseído por el emperador de Alemania Federico II. Los pontífices, enemistados con los descendientes de Federico, lo concedieron a Luis de Anjou, hijo del monarca francés, que lo conquistó. Los sicilianos se sublevaron contra los franceses en las llamadas «Vísperas Sicilianas», y ofrecieron la corona al monarca aragonés Pedro III, casado con una descendiente de la casa desposeída. El reino de Sicilia quedó en poder de la casa aragonesa, mientras en Nápoles continuaban los descendientes de Luis de Anjou, angevinos.

En el siglo XV, Alfonso V de Aragón, el Magnánimo, en lucha con los angevinos se apoderó de Nápoles, reuniendo todos los antiguos dominios normandos. Al morir, Sicilia pasó a su hermano Juan II, el padre de Fernando el Católico. Nápoles lo dió a su hijo bastardo Fernando, llamado Ferrante.

Fernando el Católico, al suceder a su padre, era rey de Sicilia, título recibido antes de casar con doña Isabel, y primo hermano y cuñado de Ferrante de Nápoles, casado con su hermana Juana. Tanto él como su esposa, aunque preocupados por las guerras con Portugal y con Granada y con los sucesos de Navarra y Francia, mostraron especial interés por los asuntos de Nápoles, y son frecuentes las manifestaciones de considerar como propias las cosas del reino napolitano.

El reino de Nápoles tenía una situación interior delicada. En él como en los otros reinos europeos, estaba planteada la lucha entre la nobleza, defensora de la situación creada por el feudalismo, y la tendencia hacia la monarquía autoritaria, un poder fuerte por todos obedecido. En Nápoles esta pugna estaba enrarecida por la división de la nobleza en dos bandos, aragoneses y angevinos, con la agravante de que los que se sentían agraviados por los reyes, podían inclinarse al bando angevino y estaban dispuestos a aceptar y aún solicitar la ayuda exterior.

Manifestación de esta pugna entre monarquía y nobleza es la llamada «Conjura de los barones napolitanos», sublevados contra Ferrante, de acuerdo con el papa Inocencio VIII y en relación con los angevinos.

Ferrante, con dotes de mando, tenía un carácter duro, disimulado y vengativo. Su hijo y sucesor Alfonso, duque de Calabria, muy influyente en todos los hechos del reinado, era muy mal visto por los nobles y los demás vasallos por su carácter «soberbio, violento, desleal y cruel».

El 11 de agosto de 1486 terminó la sublevación de los barones y la guerra con el papa, ofreciendo el napolitano, al concertarse la paz, hacer justicia a los sublevados. El 29 de julio se habían firmado los capítulos matrimoniales para el casamiento de Marco, hijo del poderoso y acaudalado conde de Sarno, con María, hija de los duques de Amalfi. Para la celebración de las bodas, en el Castel Nuovo de Nápoles, con asistencia de la nobleza napolitana, se señaló el día 13 de agosto, dos después de ofrecer Ferrante tratar justamente a sus barones. Estando reunidos los invitados en la Gran Sala del castillo se detuvo, por orden del rey, al conde de Sarno y sus hijos y a otros nobles con sus mujeres y familiares. A los detenidos se les condenó a muerte con confiscación de bienes. Este proceder, que acentuaba el recelo entre el rey y sus súbditos, fué censurado por Fernando el Católico y contribuyó, con otras causas, a entibiar las relaciones entre los dos monarcas.

Durante el reinado de los Reyes Católicos, los últimos pretendientes angevinos cedieron sus derechos al monarca francés Luis XI. Su hijo Carlos VIII quiso hacer efectivos estos derechos. En agosto de 1494 invadió Italia, y, contando con el apoyo de los angevinos, se apoderó del reino de Nápoles. En enero del mismo año había fallecido Ferrante, sucediéndole su hijo Alfonso, el duque de Calabria; mal quisto por sus vasallos, se vio forzado a abdicar, el 23 de enero de 1495, en su hijo Ferrante II.

Los Reyes Católicos no podían consentir en la pérdida de unos dominios poseídos por una rama aragonesa. Negociaron la formación de una liga, firmada el 31 de marzo de 1495, en la que participaron el papa, Venecia y Maximiliano, con la finalidad de expulsar a los franceses; y enviaron tropas a Italia para ayudar a la recuperación del reino. Al frente de ellas pusieron al Gran Capitán.

¿Qué motivos tuvieron los Reyes Católicos para esta elección?

El Gran Capitán se había acreditado y distinguido en la guerra de Granada, que puede considerarse como su escuela de aprendizaje. En los primeros años de esta guerra, comenzada en 1482, figura mucho en todas las empresas, y de modo destacado, su hermano mayor Alfonso, señor de Aguilar; a Gonzalo apenas se le cita. Desde 1486 es constante su intervención hasta el final de la contienda.

No es mi propósito enumerar todos los pormenores de su actuación guerrera; sólo anotar las modalidades más destacadas, las que van dando a conocer su carácter.

Era un buen luchador. Son frecuentes sus actuaciones personales en las escaramuzas y combates que precedieron a la entrega de Granada. Después de la rendición de Loja, en 1486, se tomó Illora, situada a la vista de la Vega granadina, puesto de peligro y de valía para empresas posteriores; al frente de ella, y como alcaide, pusieron los monarcas a Gonzalo de Córdoba.

Era de trato afectuoso, con grandes y no grandes, y sabía captarse su consideración y afecto. Supo atraerse a los moros y llegar a ser hombre de confianza de Boabdil. El reino granadino estaba dividido, moral y materialmente, en dos bandos, seguidores de Boabdil y de su tío, el Zagal. Llegó un momento en que la división alcanzó a la propia ciudad de Granada, en la que el Albaicín estaba por Boabdil y el resto de la población por el Zagal. A Boabdil le era muy difícil mantenerse, y el Gran Capitán, con consentimiento de sus monarcas, penetró con sus tropas en el Albaicín para apoyarle; seguía con ello la política de los Reyes Católicos, interesados en mantener una división, facilitadora de sus conquistas.

Era hábil negociador, y medió en los tratos de la capitulación de Granada.

Era dadivoso. Se le reprochaba gastar sin tener en cuenta sus rentas. Cuando se incendió el campamento de Santa Fé, y ardió todo lo existente en la cámara real, se apresuró a hacer llevar desde Illora ropas, tapices y enseres, en tal cuantía, que la reina le dijo que el fuego «alcanzó... a vuestra casa», pues era más lo recibido que lo quemado.

No es de extrañar que los Reyes Católicos le eligiesen para una empresa, difícil por la eficiencia de los ejércitos franceses y el estado de ánimo de los barones napolitanos contra sus monarcas, como herencia de la Conjura de los barones, que había acrecentado la fuerza de los angevinos. Se necesitaba un experto guerrero, capaz de captarse la buena voluntad de los italianos y apto para negociar en un país de tanta habilidad diplomática.

El Gran Capitán llegó el 24 de mayo de 1495 a Messina, desde donde pasó a la península. El 20, Carlos VIII, dejando guarniciones en el reino, abandonó la ciudad de Nápoles; emprendiendo el regreso hacia Francia, siendo derrotado en Fornovo.

Gonzalo y las tropas de Ferrante II, recuperaron pronto el reino; la capitulación de Atella el 20 de julio de 1496 señaló el fin de la resistencia francesa; el 19 de septiembre se rendía Gaeta, última pla-

za conservada. Gonzalo, pasando los límites del reino, recobró Ostia en 9 de marzo de 1497, y la devolvió al papa.

Gonzalo permaneció en Italia hasta mediados de 1498, en que regresó a España. Antes de abandonar el reino, murió Ferrante II, en 7 de octubre de 1496, sucediéndole su tío Federico, hijo de Ferrante I, que había mantenido buenas relaciones con la nobleza napolitana.

Ni Carlos VIII, fallecido en 7 de abril de 1498, y menos su sucesor Luis XII, renunciaron fácilmente a sus proyectos sobre Italia. Negociaron con los Reyes Católicos, y se llegó al tratado de Granada, de 11 de noviembre de 1500, llamado de partición, pues lo convenido fué dividir el reino, adjudicando a Fernando Apulia y Calabria, y a Francia la parte norte, sin especificar claramente la situación de la parte central, Capitanata y Basilicata.

Mientras se negociaba, los Reyes Católicos enviaron de nuevo a Italia al Gran Capitán, aparentemente para participar con Venecia en una campaña contra los turcos, cuyo resultado fué la conquista de Cefalonia, en 24 de diciembre de 1500; más, posiblemente, para tener situadas fuerzas en las proximidades de Nápoles.

Firmado el tratado de partición, ambas partes ocuparon la zona señalada. Los franceses se presentaron en la frontera del reino el 8 de julio de 1501. El Gran Capitán ocupó la zona reservada a don Fernando, sin apenas encontrar resistencia, salvo en Tarento, donde el duque de Calabria resistió hasta marzo de 1502.

La buena armonía entre españoles y franceses duró poco. Aparte pequeños incidentes, la imprecisión en la divisoria de la parte central, llevó a un rompimiento formal entre los dos ejércitos.

Gonzalo de Córdoba se encontraba en condiciones de inferioridad y optó por retirarse a un puerto de la costa, Barletta, a donde llegó el 10 de julio y en donde podía recibir refuerzos. Entretuvo a sus tropas, y a las francesas, con escaramuzas y desafíos entre sus caballeros, en los que se distinguieron García de Paredes por parte de los españoles, y Bayardo, por los franceses.

Llegados los refuerzos, los españoles pasaron a la ofensiva. Tropas desembarcadas en Reggio de Calabria, y mandadas por Fernando de Andrada, el 21 de abril destruyeron en Seminara el ejército de d'Aubigny.

El 27, el Gran Capitán salió de Barletta en dirección a Ceriñola, a unas cuatro leguas, en donde el 28 estableció su campamento, rodeado de fosos y parapetos. Nemours, jefe francés, se decidió a ata-

car el campamento español, colocándose él a la cabeza de las tropas. La caballería y los suizos se encontraron obstaculizados por los fosos y parapetos, que no podían franquear, y fueron mermados por la artillería y arcabucería españolas, con muerte de su jefe, Nemours; los obstáculos inesperados, las bajas y la muerte del jefe, sembraron entre ellos el desconcierto, y atacados por la caballería y aún la infantería española, fueron totalmente vencidos, perdiendo incluso el campamento, que ocuparon los españoles

El 13 de mayo algunas tropas españolas entraron en Nápoles, retirándose los franceses a los castillos, el Novo y el del Uovo; el 16 lo hacía Gonzalo de Córdoba, que en menos de un mes había recobrado la capital del reino, deshechos los ejércitos franceses. Los restos de estos ejércitos, perdidos los castillos de Nápoles y algunos otros lugares en su poder, se refugiaron en Gaeta, única plaza que conservaron en el reino.

Francia mandó un nuevo ejército, muy poderoso, para aquellos tiempos; 32.000 hombres entre franceses, suizos e italianos, con 50 cañones. Las fuerzas de Gonzalo eran muy inferiores, unos 20.000 hombres, de ellos 2 ó 3.000 lansquenets alemanes, y 20 cañones.

El 26 de septiembre salió de Roma el ejército frances, siguiendo la vía Latina, por el interior. El Gran Capitán maniobró. Se alejó de Gaeta, buscando el apoyo del Garellano, situándose en la margen opuesta a la que podían alcanzar los franceses, y procuró vigilar los caminos de acceso a la capital del reino. El 6 de noviembre los franceses intentaron el paso del río con barcas y el apoyo de su artillería, y lograron establecer una cabeza de puente. Algunos jefes intentaron eliminar esta cabeza, pero Gonzalo no quiso exponer sus tropas al fuego concentrado de la artillería enemiga. Vigiló y esperó. El mal tiempo de los meses finales del año y las lluvias hicieron impracticable la llanura y contribuyeron a difundir las enfermedades entre los soldados. Los jefes franceses, ante esta situación y la inmovilidad del Gran Capitán, optaron por situar sus fuerzas en las colinas, apartándolas del llano encharcado.

El Gran Capitán, aprovechándose de esta situación, el 27 de diciembre, de madrugada y favorecido por la niebla, pasó el Garellano más arriba de la cabeza de puente francesa, y contando principalmente con la infantería, penetró entre las posiciones francesas, sembrando la confusión y el desorden y privándoles de la posibilidad de actuar concertadamente. Intentaron salvar la artillería, pero tuvie-

ron que abandonar las piezas pesadas; y las ligeras, puestas en barcos, se perdieron. Tuvieron que abandonar heridos y enfermos, y sólo pudieron oponer algunas resistencias aisladas. Vencidas éstas, Gonzalo marchó rápidamente contra Gaeta. El 31 de diciembre capitulaba el ejército francés, al que se concedió libre paso para abandonar el reino. En menos de una semana de maniobra, con fuerzas muy inferiores, aniquiló el ejército francés, mucho más poderoso que el suyo, y conquistó el reino de Nápoles, que quedó unidos a los dominios del rey Católico.

¿A qué atribuirlo?

El modo de combatir está condicionado por las armas ofensivas; a ellas se acomodan las defensivas y el modo de guerrear. Si cambian las armas ofensivas, lo hacen también las defensivas y el sistema de combate.

En la Edad Media las ofensivas eran, la ballesta, para disparar a distancia, la espada y la lanza para el jinete, la espada y el puñal para los peones. Como las armas arrojadizas se acaban pronto, el combate se hacía chocando masas de caballeros y de peones, hasta que uno de los bandos cedía. La caballería era el arma decisiva, por el empuje del caballo y la superioridad del jinete sobre el infante.

En la batalla de Toro de 1476 entre castellanos y portugueses aun se combatió con el sistema tradicional.

Refiere Pulgar que el ejército de don Fernando se componía de «gente darmas», o caballeros bien armados, y peones; los caballeros reunidos en «batallas», y estas en tres grupos, el central con el rey, y dos laterales, a derecha e izquierda; el «peonaje... en medio de aquellas batallas». El ejército portugués tenía la misma composición, con la novedad de que en la izquierda, mandada por el príncipe heredero don Juan, había muchas «espingardas e otros tiros de artillería».

Enfrentados los dos ejércitos y «fecho el signo de pelear por las tronpetas... los vnos se vinieron para los otros con muy recio acometimiento.. E así duraron en la pelea por espacio de vna ora, e no se mostraba vençimiento de la vna parte ni de la otra.. Al fin los portugueses, no pudiendo sufrir mas las fuerças de los castellanos, fueron desbaratados, et bueltas las espaldas, se pusieron en huyda».

Pero a fines de la Edad Media se han ido conociendo otras armas ofensivas, principalmente las de fuego. Las más pesadas, por la lentitud de los disparos, eran poco eficaces en las batallas campales, aunque decisivas contra las fortificaciones. Una plaza o castillo, con

bastimentos y agua suficiente, eran inexpugnables a la escalada o la zapa; en cambio la artillería, desmantelando las almenas y partes débiles, abriendo brechas en los muros e incendiando las casas con materias inflamables, hacía ineficaz toda resistencia. La conquista del reino de Granada es obra principalmente de la artillería.

Las armas de fuego menos pesadas, las espingardas, comenzaban a emplearse en las batallas. De la de Toro refiere Pulgar que al principio de la lucha, los que peleaban contra el príncipe de Portugal, fueron desbaratados, «en espeçial por el gran daño que resçibieron de la muchedumbre de espingarderos e artilleria que benia en la batalla del príncipe».

La infantería suiza, muy acreditada a fines del siglo XV, usaba un sistema especial; armados de picas y combatiendo en formación cerrada, el cuadro, constituían una masa encuadrada, que con sus picas se defendía de la caballería y podían ser temibles en el ataque a la infantería contraria. De ordinario formaban tres cuadros: uno atacaba de frente, otro de flanco y el tercero esperaba para intervenir en el momento más oportuno.

Los ejércitos franceses llegados a Italia, llevaban suizos y artillería, con sus jinetes bien defendidos por sus pesadas armaduras.

El mérito de Gonzalo de Córdoba consiste en no haberse aferrado a las fórmulas tradicionales; conocía lo antiguo, pero se dio cuenta de los factores nuevos y supo aprovecharlos y acomodarlos a la finalidad suprema de vencer. Elude el choque contra el ejército francés recién llegado; evita exponer sus hombres a los disparos de la artillería contraria; resguardándose en los ríos o por medio de zanjás y empalizadas, pone obstáculos a la caballería y a las formaciones cerradas de los suizos; maniobrando, mantiene al contrario en la indecisión y la incertidumbre; y, cuando cree llegado su momento, ataca, buscando una superioridad local, que le permite desarticular al enemigo y vencerle.

Sabe emplear la artillería y la caballería, pero dió preferencia a la infantería. En las guerras de Granada se señalan entre los peones «ballesteros, lanceros y espingarderos». Los suizos daban preferencia a los infantes armados de picas, utilizando como auxiliares la caballería e infantes con armas de fuego. Los infantes de Gonzalo de Córdoba van provistos, por grupos, de lanzas y armas de fuego. Los escritores de temas militares ven en ellos las primeras manifestaciones de los tercios españoles, fuerzas modelo y decisivas en las luchas

del siglo XVI y comienzos del XVII. Más tardíamente el fusil con la bayoneta será la suma de la lanza y el arma de fuego, el arcabuz.

Gonzalo de Córdoba supo armonizar, aunar los factores tradicionales útiles y los elementos nuevos, y dió una nueva modalidad a la composición de los ejércitos y a la manera de combatir. Esto explica que en un sólo año, el 1503, en dos campañas, cuyos exponentes son las batallas de Ceriñola y Garellano, aniquilase dos poderosos ejércitos franceses y conquistase el reino de Nápoles.

Poseía además dotes de mando, cualidades personales para hacerse obedecer de jefes y soldados, no por temor al castigo, que empleaba en caso necesario, sino por identificación con su autoridad por la compenetración en un ideal y pensamiento común. Los ejércitos son eficacísimos cuando se identifican y compenetran el mando y los mandados, cuando los soldados se sienten bien dirigidos y los jefes tienen la seguridad de contar con la cooperación incondicional de sus subordinados.

Los escritores italianos parangonan el modo de actuar Gonzalo en contraposición a los capitanes franceses. Estos se reservaban los primeros puestos, teniendo a los italianos en consideración de subalternos o auxiliares. El Gran Capitán emplea indistintamente a unos y otros y no vacila en confiar a no españoles los primeros puestos de mando y empresas de gran responsabilidad, y logró que todos se identificasen con su persona y con sus propósitos.

Gonzalo de Córdoba es el hombre de talento, que, en el aspecto militar, señala y abre nuevos derroteros a la composición de los ejércitos y al modo de combatir, merced a los cuales, los tercios españoles mantuvieron la primacía de España durante el siglo XVI y parte del XVII.

Es uno, y de los mejores, entre los hijos preclaros de estas tierras cordobesas.



Exposición de recuerdos del Gran Capitán y de su época

(Vestíbulo de la planta segunda, en la Calahorra de Córdoba)

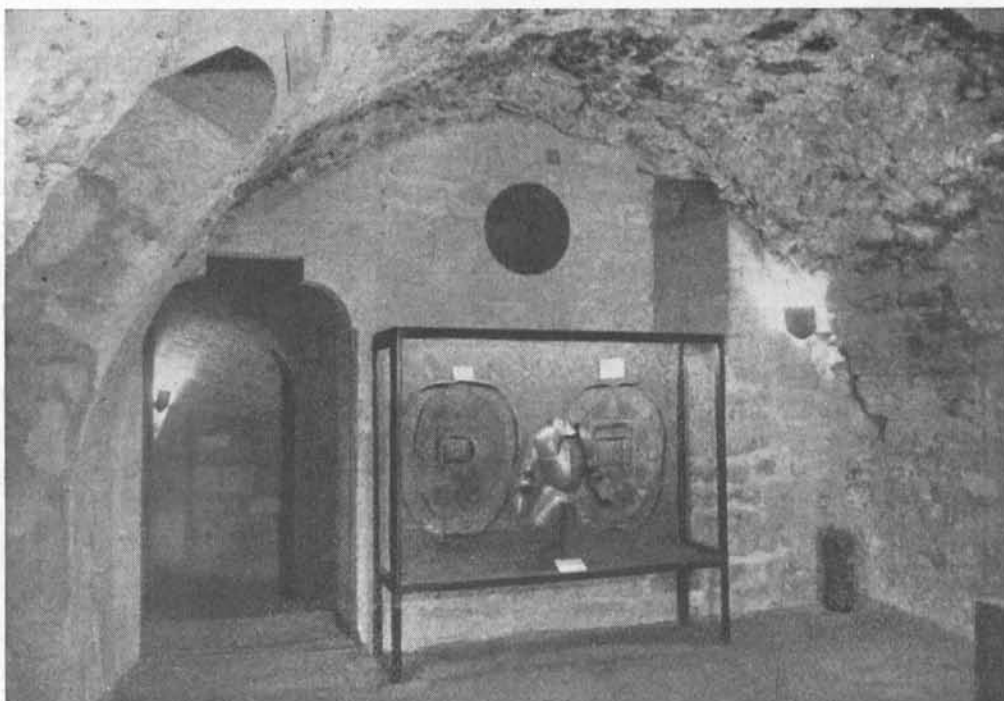


Foto: Prat.-Madrid

Armadura que usó de niño Don Gonzalo y que ahora pertenece al Duque de Medinaceli (depositada en el Museo del Ejército).

Adargas de cuero, una de ellas española, de la Casa de los Aguilares y con sus Armas; la otra, morisca; ambas para combatir a la gineta (Museo del Ejército).

Rodela de hierro, historiada, del siglo XVI (M. M. de Córdoba).